

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 9a.11-13a): *Sal y aguarda al Señor.*

Salmo (84, 9-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9, 1-5): *Mi conciencia, me asegura que no miento.*

Evangelio (Mateo 14, 22-33): *¿Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?*

Hay una necesidad cada vez más sentida tanto en la Iglesia como en la sociedad que pasa por cuidar el espíritu. Estaríamos en un serio error si creyéramos que todo problema es únicamente técnico y que su solución estaría en encontrar y dar respuestas técnicamente correctas, que, no cabe duda, es totalmente necesario, pero insuficiente. El problema de fondo de nuestro mundo globalizado es espiritual. La razón radica en que el espíritu del ser humano, su “yo” profundo se encuentra reprimido, secuestrado por el predominio de las cosas, por el consumo sin límites.

Hemos perdido el hábito de soñar y de anhelar lo infinito; el aspirar al misterio está brutalmente reprimido, oprimido por la planificación de los mandamases de este mundo. Ahora bien, la represión continuada y sistemática de la dimensión más profunda de la persona, el espíritu, es, a la larga, todavía mucho más perniciosa que otras represiones, ya que la persona pierde el sentido de la vida. Por eso, uno de los mejores servicios que podemos prestar a nuestra sociedad y también a nosotros, es liberar a este espíritu esclavizado.

Pero liberar a este hombre no es cosa fácil, pues se le ha enseñado a huir, a escapar de sí mismo. Está acostumbrado a ser engañado y a estar esclavizado. No quiere que se le libere, pues para ello se precisa que aflore esa sombra de esperanza que incluye todo lo que queremos ver, porque nos da miedo y no nos agrada: mentiras, engaños, apegos... y se nos ha convencido de que se vive mejor y más seguro sometido a los nuevos faraones. Intentar romper las ataduras, destruir la imagen de vida y de hombre, que nos han impuesto, soñar por un futuro distinto, no sería aceptado por este absurdo mundo; preferimos permanecer esclavizados., es más seguro.

Situación trágica y difícil, ya que, para disimular la propia esclavitud, su profunda inseguridad y desnudez, se rodea de cosas externas a su propio ser, llegando a confundir lo que se “tiene” con lo que se “es”. Incluso se llega a creer que se “es” más, porque se “tiene” más y se hace ostentación estúpidamente de sus cosas como si ellas fueran “él mismo”, con el fin de ser más apreciado por lo que “tiene” y no por lo que “es”.

Jesús, una vez que comieron todos hasta saciarse, (la lectura de hoy, es continuación de la que hubiésemos escuchado el domingo pasado, que cambiamos por la fiesta de la Transfiguración), despidió a la gente y subió al monte solo a orar.

El tema de la oración, en que tanto ha insistido la Iglesia para quienes pretendemos tomar en serio la vida cristiana, parece haber entrado hace años en crisis. Entre las causas que provocó la crisis se encuentra la llamada “revolución técnica”. Esta revolución cultural consiste en que las necesidades vitales de la sociedad se reducen a que son problemas técnicos y que se pueden solucionar mediante programas sociales, económicos, etc. Los hijos de nuestro tiempo somos hijos de la tecnocracia y estamos marcados por lo utilitario y lo funcional.

Las cosas son aceptables en tanto en cuanto son útiles y funcionales para “algo”. Todo tiene que ser utilitario y funcional; lo que no sirve para obtener unos resultados contables se le rechaza como inservible. La consecuencia de todo este proceso cultural ha sido la atrofia de la dimensión contemplativa y mística de la vida, la opresión de la espiritualidad. Sin embargo, el hombre de hoy está pidiendo “algo más”. Nuestra crisis es crisis, como ya se ha dicho, de espiritualidad.

La cultura tecnológica ha creado un modo de ser y pensar que mira casi exclusivamente al hacer, a la eficacia, al rendimiento. Sin embargo, la persona además de un bienestar material digno, que todo hombre debe tener por justicia, necesita de algo que no se fabrica, ni es fruto de la técnica, ni se compra en los supermercados, ni tiene precio, ni se impone, ha de ser fruto de la gratuidad.

El hombre necesita de lo inútil, es decir, de lo que no se puede utilizar. Más aún, lo inútil es esencial al hombre, porque es esencial al hombre el amor. Y el amor no se puede utilizar para nada, es don gratuito, y se sitúa a nivel de la relación interpersonal, no de relación con “algo”, sino de relación con “alguien”. Desde ese punto de vista se comprende la importancia de la oración en la vida del creyente.

La oración cristiana tiene su razón de ser en la fe, como encuentro personal con Dios en Cristo. Así la oración brota de ver a Jesús de Nazaret, más que como un programa de acción y de compromiso ético. El creyente que se relaciona con Jesús, será uno que se entrega y se compromete hasta el fondo. Una fe auténtica implica siempre un deseo de transformar el mundo, así, será algo más que uno que se compromete, será un hombre de oración. Porque desde el momento del encuentro personal con Cristo, no hay más remedio que dialogar con Él, de estar con Él. Y entonces la vida adquiere pleno sentido.